

SAN PABLO, UN MISIONERO INFATIGABLE

Construyendo la Iglesia del mañana

FR. DAGOBERTO LÓPEZ SOJO, OFM.

Mientras preparaba este aspecto peculiar de la misión en el pensamiento de San Pablo, estaba ya leyendo desde hace tiempo el documento de la misión continental¹. Este documento ha puesto de relieve elementos importantes que renuevan anteriores aportaciones magisteriales. El Documento subraya elementos tales como “el estado permanente de la misión, la espiritualidad de comunión, la recuperación de una *misionariedad kerigmática*, el principio de totalidad, el principio afectivo, el aspecto testimonial, el principio pneumático”; elementos todos ellos presentes en la teología de la misión paulina.

1. LA TEOLOGÍA MISIONERA DEL ENCUENTRO

La entera vida apostólico-misionera de Pablo, se sustenta en el recuerdo de su encuentro con Jesús. El encuentro de Pablo con Jesús es, sin duda alguna, el acontecimiento más importante de su vida. Además, después del evento de la Resurrección de Cristo, el encuentro de Pablo con el Señor en su camino a Damasco, es sin duda el acontecimiento que más ha influido en el cristianismo primitivo y de todos los tiempos. Lo encontramos tres veces narrado en los Hechos (9, 1-19; 22, 5-16; 26, 10-18). Pero los Hechos de los apóstoles tienen a Lucas por autor no a San Pablo, de manera que resulta extraño que en sus cartas no mencione esta experiencia de su conversión; sin embargo, sí alude a una *experiencia* que cambió total y radicalmente su vida: “Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo” (2Co 12, 2). Experiencia mística absoluta. La diferencia entre lo que encontramos en los Hechos y en las cartas, respecto a la experiencia de su conversión, es notable; mientras que

¹ El Documento de *Aparecida* lo califica el Evangelizador incansable (DA, 274)

Hechos es más bien de *naturaleza descriptiva*, en las *Cartas* son afirmaciones que son una *especie de apología*, para definir su carácter de Apóstol, Pablo repite continuamente en sus cartas: “yo he visto al Señor” (1Cor 9, 1; cf. 15, 8-9; Gal 1, 15-16).

Ciertamente, cuando se narran estos acontecimientos se presentan en función del anuncio evangélico (no se quiere hablar del evento de Damasco por sí mismo). El evento de Damasco es pues funcional; es decir, está en función del anuncio evangélico que transforma radicalmente al Pablo judío-fariseo y que hace de él un cristiano auténtico, un misionero infatigable, un apóstol de convicción, y un testigo profético y valeroso.

Muchos de nosotros hablamos todavía ahora de la *conversión de San Pablo*; sin embargo, el término no se adapta bien al caso excepcional de Pablo; en verdad, lo que llamamos *conversión de Pablo* debe comprenderse como *una elección más que como conversión*. Pablo no pasó simplemente de una religión a otra; en realidad, en aquel momento el cristianismo no se había oficialmente separado del Judaísmo; ni se trató tampoco de una crisis religiosa, en realidad, Pablo fue siempre el mismo, tanto en el judaísmo como en el naciente cristianismo, es decir, un hombre celoso de Dios y de su Ley. El mismo dice escribiendo a los Gálatas: “Después, cuando aquel que me eligió del seno de mi madre y me llamó por medio de su gracia, se complació en revelarme a su hijo, para que lo anunciara entre los gentiles, de inmediato, no pedí consejo a la carne o sangre” (Gal 1, 15-16). Por tanto, para Pablo el evento de Damasco es más bien percibido como la cúspide de su experiencia espiritual con Dios. Pablo reconoce en Dios un acto de su iniciativa bondadosa. Elección por sola su gracia. Desde aquel evento de Damasco todo cambió, dice en Fil 3, 7: “Todo lo que era para mí una ganancia lo he estimado una pérdida por amor de Cristo”. Este amor de Cristo es la clave interpretativa de todo el evento de Damasco, aquella experiencia hizo de Pablo un enamorado de Cristo y un apóstol infatigable de su Señor.

Todo esto lleva a considerar que la labor misionera exige construirse en la teología del encuentro. Desde Pablo podemos comprender que no es posible transmitir el carisma sin un encuentro personal y

afectivo con Jesucristo vivo, Signo del amor del Padre, Salvador, Señor y Santificador; dicho de otro modo, *no se puede anunciar el Camino, si nosotros mismos no estamos de camino, en el camino*. Curiosamente, son los mismos elementos subrayados en el documento Misión Continental, donde se habla de encuentro personal de Cristo en cada uno de los bautizados, experiencia religiosa profunda, anuncio kerigmático y de testimonio de todos y cada uno los misioneros.

2. LA PASIÓN POR LA PASIÓN

Uno podría preguntarse ¿qué es lo que hace posible el convertirse en un misionero infatigable? Considero diversas motivaciones pero ateniéndonos a la vida y escritos de San Pablo, la motivación de Pablo es la pasión por la Pasión: “Porque para mí el vivir es Cristo y el morir, ganancia” (Flp 1, 21); “Por amor a él lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Flp 3, 8); “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2,20), “El amor de Cristo nos apremia al pensar que Cristo murió por todos” (2Co 5,14). Se podría decir que no hay misión sin pasión profunda por Cristo. El amor de Pablo por Cristo se transparenta en el amor de Pablo por la misión. A esto se llama el principio afectivo. Una auténtica misión no es tal si basada tan sólo en su eficiencia organizativa; en la mercadotecnia, en la correcta programación, en la adecuada logística, es decir, en la capacidad organizativa del ser humano. San Pablo es un paradigma de referencia obligada porque en él encontramos no sólo un movimiento organizativo e intelectual sino también una carga pasional y afectiva hacia la persona misma de Cristo y su misión, mente y corazón unidos en un mismo objetivo. Los apóstoles misioneros fueron tales porque no sólo estaban convencidos del Señorío de Jesús sino que llegaron a amarle entrañablemente, aún por encima de sus debilidades y traiciones. De igual modo no es posible anunciar hoy por hoy a Cristo, si no se está viviendo con gozo, con pasión, con esperanza, con todo el afecto del corazón a la persona de Jesucristo Camino, Verdad y Vida.

3. LA MUERTE DE CRISTO COMO MOTIVACIÓN MISIONERA

Desde Pablo no existe misionariedad auténtica si el enviado no es discípulo, y si el discípulo no está ejercitado y convencido en la cruz de Cristo. En Pablo resulta significativa la frase: *Cristo murió*: “cuando nosotros todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rm 5, 6); “Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras” (1Co 15, 3); “No desecho la gracia de Dios, pues si por la Ley viniera la justicia, entonces en vano murió Cristo” (Gal 2, 21); “Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rm 5, 8); “que por tu comida se pierda aquel por quien Cristo murió” (Rm 14, 15; cf. 1Co 8, 11). De manera que el motor existencial de todo discipulado misionero, la motivación de fondo de todo agente misionero es ese convencimiento del amor de Cristo *crucificado*. De ahí surge la convicción personal y el ejemplo de vida como prerrequisito necesario a la ejecución de la *missio*.

4. INMEDIATEZ E INTREPIDEZ DE LA MISIÓN

Es otro elemento más a recuperar como elemento típico de la misión paulina. Las fuentes nos hablan de cómo después que el Apóstol de los gentiles recibe esta investidura profética se menciona: “de inmediato, aún sin consultar la carne ni la sangre, sin tan siquiera dirigirse a Jerusalén donde estaban aquellos que eran apóstoles antes que yo, me dirigí en Arabia y de allá retorné a Damasco” (Gal 1, 16b-17). El problema está en que esta afirmación de sus cartas parece contrastarse con lo que dice Lucas en Hch 9, 8-9: “Entonces Saulo se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie: así que, llevándolo por la mano, metieronle en Damasco; donde estuvo tres días sin ver, y no comió, ni bebió”. En Hch 9, 19; se nos dice que después de ser bautizado por Ananías se quedó en Damasco todavía por *algunos días*. De este modo nos encontramos con dos problemas principales: ¿Cuándo y para qué partió en Arabia? ¿Cuánto tiempo se detuvo en Damasco después de subir a Jerusalén? Es preciso partir del término

Arabia, mismo que al tiempo de Pablo indicaba *grosso modo* lo que conocemos como Península Arábiga, sin precisar un lugar específico; es decir, incluía la actual Arabia y la actual Jordania. Estas regiones estaban habitadas por los Nabateos, y no es poco probable que existieran diseminadas en esta zona un buen número de judíos. Algunos Padres de la Iglesia, junto con algunos autores modernos, piensan que Pablo, todo aferrado al ardor de la misión confiada por Cristo, hubiera elegido esta zona como su primer campo de trabajo, por desgracia, la misión no tuvo éxito y se regresó a Damasco. San Jerónimo, en su comentario a la carta a los Gálatas parece conocer ya esta opinión y añade otra: “Pablo fue a la Arabia para reflexionar, meditar y profundizar su singular experiencia damascena que lo había consagrado el *Apóstol de los gentiles*”. De manera que es de llamar la atención esta inmediatez en la respuesta del enviado. Al regreso de Damasco, Pablo se puso enseguida a predicar a Jesús en las sinagogas, afirmando de él su mesianismo y su filiación divina; tratando de convencer, oportuna e inoportunamente, que Jesús es el Mesías que todo el pueblo había esperado (Hch 9, 22). La reacción de los judíos no se hizo esperar, al ver la *traición de Pablo* se reunieron en consejo y deliberaron su muerte. Pablo tiene que huir de noche porque los cristianos de Damasco le informaron que atentaban contra su vida (Hch 9, 24).

Estas noticias no amedrentaban al Apóstol. Predicando a Cristo en Sinagogas y no sólo, le acarrea no pocos problemas pero como apunta Lucas: “intrépido en el nombre de Jesús, comenzó a polemizar con los judíos helenistas” (Hch 9, 29). Las polémicas debieron ser tan vivas que enseguida hicieron surgir sentimientos de odio y deseos de eliminarlo. Tarso su ciudad natal se convertirá en la base operativa de Pablo (cf. Hch 11, 25), desde ahí, Pablo recorría toda la provincia romana desde la Siria hasta la Cilicia y posteriormente, desde ahí hacia el Asia menor, y más tarde hacia Roma ¿y España?

5. EL “EVANGELIO DE PABLO”: EL KERIGMA PRIMITIVO

En Gal 2, 5.14 tenemos la expresión “la verdad del evangelio”, (Rm 2, 16 “mi evangelio”; 2Co “nuestro evangelio”), indicaba el con-

junto de los esbozos kerigmáticos de Pablo en la misión entre gentiles; el contenido, esquemáticamente presentado, de su mensaje misionero. De ese *Evangelio* Pablo afirma le vino “no de parte de los hombres, ni por medio de hombre, sino por medio de Jesucristo y de Dios Padre que lo resucitó de entre los muertos” (Gal 1, 1.11), por tanto, hincapié en su origen divino. En consecuencia, discutir ese evangelio es ponerse contra la veracidad de Dios mismo, que ha manifestado su poder al resucitar a Jesús de entre los muertos.

¿Cuál es el evangelio de Pablo? En Gal 2, 16-21 nos ofrecen un buen resumen de este evangelio o buen anuncio paulino: “el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino sólo por medio de la fe en Jesucristo”. En esta *primera fórmula* encontramos la base común de todo el cristianismo. No se puede derribar este principio sin aplastar al mismo Cristo y su obra de redención, sin hacer *vana* la muerte misma de Cristo (cf. Gal 2, 21). De este modo, la *verdad del evangelio* a que se refiere Pablo consiste en el hecho de reconocerse salvados por Cristo y no por una práctica cualquiera de la ley, por muy santa y cualificada que sea, como la misma circuncisión; de lo contrario: “si la justicia viene de la ley, entonces Cristo ha muerto inútilmente” (Gal 2, 21).

En consecuencia, si esta iniciativa de justificación por medio de la fe viene de Dios, el acceso a la justificación es idéntico para el judío como para el pagano; en otras palabras, todos tienen necesidad de Cristo y sólo de Cristo. En efecto, sólo él es capaz de asegurarles la nueva realidad que anuncia el cristianismo: “todos sois hijos de Dios en Cristo Jesús mediante la fe” (Gal 3, 26). ¿Por qué motivo? “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo” (Gal 3,27). Por tanto, la centralidad de Cristo no sólo suena como una necesidad absoluta, sino que es además una declaración de nulidad de cualquier otra realidad -por muy santa que sea- que pretenda presentarse como justificadora o portadora de salvación. Para Pablo, ceder en estos fundamentos sólidos de la doctrina cristiana es exponerse a desconocer por completo la obra de Cristo; es hacer inútil su muerte (cf. 2, 21); el mismo Cristo no tienen ninguna función (Gal 5, 2), “se aparta uno de la gracia” (Gal 5,4) se recae o se permanece caído “en el pecado” (Gal 2,17), se vuelve o se permanece en la esclavi-

tud, anulando de este modo la obra de Cristo, pues la voluntad de Cristo es que fuéramos verdaderamente libres, como dice Gal 5, 1.13: “para ser libres nos liberó Cristo”.

El anuncio kerigmático no anula el sentido trinitario de la fe cristiana. En la Carta a los Tesalonicenses el mensaje está fuertemente teñido de sentido trinitario. Al inicio de la carta Pablo refiere aquello que en Macedonia y en Acaya se decía acerca de la adhesión de los Tesalonicenses a la fe cristiana: “Ustedes se han convertido a Dios, alejándose de los ídolos, para servir al Dios vivo y verdadero y esperar de los cielos a su Hijo, que Él ha resucitado de entre los muertos, Jesús, mismo que nos libera de la ira venidera” (1, 9-10)². Tenemos aquí una frase que refleja un estadio bien primitivo de la proclamación kerigmática. Notamos que el centro del mensaje de Pablo consistía en la adhesión al único Dios, vivo y verdadero, y en la renuncia al culto de los ídolos. Esta mención de la idolatría es comprensible en una sociedad de tipo sincretista, en un imperio que daba cierta libertad de creer. La creencia en los ídolos es incompatible con la fe en el Dios vivo, de ahí que a lo largo de la carta se haga hincapié en el carácter *teocéntrico* de la vivencia cristiana.

Desde luego que esta proclamación kerigmática está moldeada en la espera de su Hijo Jesús, cuya resurrección es la certeza de que Dios puede y va a librar de la “ira divina” a los que creen en él. El es también el Señor, en quien los Tesalonicenses han depositado su esperanza (1, 3). Su segunda venida es la coronación de la obra de salvación que Dios cumple en Cristo (2, 19; 3, 13; 4, 16; 5, 2.23), pero desde ahora Él es el señor glorificado que conduce la comunidad por los senderos de la santidad (3, 11-13).

² En base a este texto algunos autores han querido encontrar elementos arcaicos de la predicación kerigmática. Cf. M. PESCE, “Ricostruzione del Kerygma ai Tessalonicesi sulla base de 1Ts 1,9-10”, en *ASEs* 2 (1985), p. 23-47.

6. ¿ESPÍRITU DE LA MISIÓN O MISIÓN DEL ESPÍRITU?

En su teología, Pablo hace una relectura crítica de Jr 31, 31-33 y de Ez 36,26s, donde se habla de una efusión generalizada del Espíritu de Dios puesta en los hombres como una *ley interior escrita en los corazones*; esa infusión interior del Espíritu capacita a la observancia de las normas divinas y corresponde en Pablo a la expresión *ley del Espíritu*, se trata del don del Espíritu al creyente, de su presencia enfáticamente afirmada en Gálatas y Romanos (cf. Rm 5, 5; 8, 9.11.16). *Ley del Espíritu* se identifica con la misma persona del Espíritu. El Espíritu pues, habita en lo más íntimo del hombre cristificado (1Co 2, 11; 2Tm 1, 14; Rm 5, 5; 8, 26), vive en él como en un templo (1Co 3, 16; 6, 19), de ahí que el creyente deba evitar a toda costa el contristar tal presencia interior (Ef 4, 30; 1Ts 5, 19.23). El Espíritu es el motor esencial de la misión porque desde San Pablo todo es gracia, fruto, carisma y don del Espíritu, constituyen la base de la incidencia del cristiano en el mundo. Por esto, la vida en el Espíritu no puede ser un mero espiritualismo individual, sino, un camino de autenticidad cristiana que se expande en el mundo. La vida en el Espíritu presenta pues, un doble mecanismo: *ad intra*, como tendencia a la santificación, perfección, liberación; *ad extra*, como comunión fraterna en la caridad, en el servicio, misión-testimonio, transformación social, etc. (Rm 12, 9-13; cf. Gal 5, 14). No se puede aceptar, por tanto, la posición crítica de aquellos que consideran la teología de Pablo como *devocionístico-personalista*³.

En su teología, Pablo recuerda la obra del Espíritu que ha dado fuerza a su predicación y ha suscitado la fe en las comunidades por él fundadas (1Tes 1, 5-6). El Espíritu es el don escatológico anunciado por los profetas y la ley interior de la nueva alianza (1Tes 4, 8; cf. Ez 36, 27-28) pero como motor interior de todo entusiasmo misionero. Interesante constatar como el reciente *Documento de Aparecida* a hechos suyos estas meditaciones en torno al tema del Espíritu. El

³ Cf. S. LYONNET, “Perfezione e azione nel mondo”, en S. LYONNET - E. DE LA POTTERIE, *Vita secondo lo Spirito*, p. 300-392.

Espíritu mueve a la Iglesia toda y a cada cristiano hacia la santidad, prerequisite indispensable para toda misión como lo anotaba Juan Pablo II en la *Redemptoris Missio*: “La santidad es un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la iglesia. La vocación universal a la santidad está estrechamente unida a la vocación universal a la misión” (RM 90).

7. LA ESPIRITUALIDAD MISIONERA.

De todo lo que hemos dicho hasta ahora podríamos recuperar en San Pablo una cierta *espiritualidad misionera*. El misionero en su misión evangelizadora conoce que la Palabra proclamada no es sólo palabra de hombre sino palabra de Dios (1Tes 2, 13). Como tal posee una fuerza propia, una eficacia particular que le deriva de la potencia misma del Espíritu Santo (1Tes 1, 5). Esta es la premisa fundamental de todo misionero, saber que no trasmite algo suyo, sino algo divino. Ahora bien, el anuncio de la palabra, por el hecho de ser auténtico pone al misionero delante de algunas exigencias. En 1Tes 2, 1-12 Pablo da algunas indicaciones de su espiritualidad misionera. Este pasaje permite de enunciar algunas características de un apostolado auténtico:

- 1º *Coraje* (v. 2): “tuvimos la valentía de predicaros el Evangelio de Dios entre frecuentes luchas”. Este coraje y valentía se funda en la certeza de la presencia y acción divinas.
- 2º *Autenticidad en la motivación* (vv. 3-6): “lo predicamos, no buscando agradar a los hombres, sino a Dios que examina nuestros corazones.v5 Nunca nos presentamos, bien lo sabéis, con palabras aduladoras, ni con pretextos de codicia, Dios es testigo, v6 ni buscando gloria humana, ni de vosotros ni de nadie”. Es decir, la evangelización pretende sólo agradar a Dios y proclamar la verdad. No existen segundos fines.
- 3º *Afecto humano* (vv. 7-8): “nos mostramos amables con vosotros, como una madre cuida con cariño de sus hijos. De esta manera, amándoos a vosotros, queríamos daros no sólo el Evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser, porque habíais llegado a sernos muy queridos”. No es algo desencarnado del corazón humano,

los afectos y el sentimiento van aunados a la donación de sí en la misión apostólica.

- 4° *Disponibilidad y gratuidad* (v. 9): “Trabajando día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os proclamamos el Evangelio de Dios”. El anuncio del evangelio es un servicio constante y desinteresado.
- 5° *Autenticidad de vida* (v. 10): “Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprochablemente nos comportamos con vosotros, los creyentes”. Es decir, el apóstol debe vivir en primer lugar aquello que predica.
- 6° *El misionero es un padre que corrige* (11-12): “Como un padre a sus hijos, lo sabéis bien, a cada uno de vosotros os exhortábamos y alentábamos, conjurándoos a que vivieseis de una manera digna de Dios, que os ha llamado a su Reino y gloria”. El apóstol alguien que sabe encarar situaciones y sabe corregir con afecto paterno a cada uno según el caso.
- 7° *Oración y acción de gracias*: Pablo considera su deber orar por los cristianos de quienes se siente responsable. Una oración que no es solo petición (1Tes 3, 10-13) sino también acción de gracias (1Tes 2, 13; 3,9)⁴.

CONCLUSIÓN

Este análisis apretado sobre el tema de la misión en la teología paulina, nos dice sin embargo, cuanto la Iglesia es deudora del aporte teológico del Apóstol San Pablo. En él se recupera el aspecto de la misión testimonial, la misión como expresión del afecto del corazón, la misión como necesidad siempre actual de poner a Jesucristo en el centro de nuestra existencia.

La teología de San Pablo nos exhorta a mostrar en nuestro mensaje kerigmático misionero:

- Más Jesucristo y menos ley
- Más Evangelio y menos moralismos

⁴ Como se puede notar, son elementos muy prácticos y de una elocuente actualidad.

- Más reino y menos Iglesia
- Más adhesión a Alguien (Cristo) que a algo.

Las iglesias particulares podrían encontrar en esta espiritualidad misionera paulina una referencia válida a recuperar en la pastoral diocesana y parroquial, en diversos modos y tiempos, iniciativas concretas que pongan en acción los principios magisteriales de una permanente misión con el ejemplo y enseñanzas del Apóstol de los gentiles, el infatigable misionero de Cristo.

